

Fragmento de Cortesía

Extractado de la Versión Tapa Dura de Lujo de:

Lolo, el Burro Pintor

Autor: Guillermo Isaza Fiscó

Por qué leer *Lolo, el Burro Pintor*

(o cómo un animalito puede recordarnos cosas que los adultos olvidan)

Este no es un cuento sobre un burro cualquiera.

Es la historia de Lolo: un burro testarudo, curioso y luminoso que un día decidió que cargar sacos no era suficiente...
que él quería pintar.

Sí, pintar.

Con colores, trazos, ideas y pequeños destellos de alegría que iban saliendo de su propio corazón.

Lolo no nació artista.

Nació caminante.

Nació oyendo el mundo desde abajo, sintiendo la tierra en sus cascos y descubriendo, paso a paso, que la vida también se puede contar con colores.

Este libro no es solo para niños.

Es para adultos que dejaron de mirar el cielo.

Para los que se olvidaron de jugar.

Para quienes alguna vez sintieron que tenían un sueño extraño, improbable, absurdo...

pero hermoso.

Porque Lolo nos enseña que el arte no pide permiso.

Brota.

Sale.

Te llama.

A veces desde un pincel, otras desde un relincho.

Aquí no hay moralejas rígidas ni sermones.

Hay ternura, risas y un recordatorio suave:

todos llevamos dentro un pequeño Lolo que todavía quiere crear algo propio.

Este es un viaje sencillo, alegre, lleno de color.
Un viaje donde un burro descubre su voz, su talento y su libertad.

Bienvenido [al mundo de Lolo](#).

Prepárate para sonreír.

Para recordar.

Para volver a pintar, aunque sea por dentro.

**Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon**



CAPITULO I

El Amanecer de una Broma Inmortal

París, marzo de mil novecientos diez

El sol asoma su primer rayo, tibio y acogedor como una pluma dorada que roza los techos de zinc, los adoquines mojados, los cristales aún empañados de las vitrinas dormidas que se desperezan.

Una tenue brisa despierta las gotas que aún reposan sobre el empedrado y, al moverlas —como un pincel invisible—, las lanza al aire en diminutos estallidos de luz fosforescente.

Los primeros vapores ascienden, exhalados por la piedra tibia, y en ese aliento tembloroso del alba se forman figuras danzantes, breves y efímeras, que parecen mensajes secretos entre el cielo y la ciudad.

Las hojas amplias de los castaños de Indias murmuran entre sí, sacudidas apenas por la brisa, como si comentaran en voz baja los secretos del nuevo amanecer.

A su lado, los tilos perfuman discretamente el aire, desprendiendo un aliento casi imperceptible de miel verde, como una promesa.

Cada rama parece estirarse lentamente hacia la luz, saludando al día como a un visitante esperado.

Las gotas suspendidas en sus hojas tiemblan brevemente antes de evaporarse con gracia, y el sol, al tocarlas, las transforma en burbujas de cristal que el viento disuelve con un gesto delicado.

Un par de gorriones soñolientos cruza velozmente el cielo, dejando tras de sí un murmullo leve de optimismo.

Y en los bancos húmedos de los jardines, los primeros pasos de la ciudad comienzan a sonar a su lado como una partitura que se repite cada mañana.

Las sombras se estiran como gatos perezosos sobre los muros, trepando lentamente hacia los balcones para ver a quién hay que despertar.

En el este, la niebla densa y baja cubre el Sena con su velo blanco.

Los puentes parecen flotar distraídamente, como si quisieran guardar celosamente los sueños de quienes los atraviesan cada día. Las farolas, que aún resisten encendidas, tiemblan con la brisa otoñal, como faros de un pensamiento que apenas se desvanece.

En el oeste, el Sacré-Cœur aún parece soñar, blanquecino entre las nubes altas, vigilando Montmartre con ojos entornados de mármol.

Más abajo, en la colina, las fachadas del Lapin Agile, del Chat Noir y del Moulin de la Galette reciben los primeros reflejos dorados como si hubieran sido tocadas por una varita mágica.

Pero seamos sinceros: París nunca duerme.

París finge dormir para despertar mejor.

Se despereza en silencio, con la elegancia de un gesto retenido.

La ciudad abre un ojo... y lo vuelve a cerrar, como quien quiere recordar un secreto.

En las callejuelas que bajan de Pigalle, algunas risas discretas y descompasadas aún resuenan contra los muros: son los últimos clientes de los cafés nocturnos, inundados de vino barato y de sueños prestados.

Con los zapatos en la mano o el sombrero ladeado, cruzan lentamente el empedrado húmedo.

Algunos ríen sin razón. Otros cantan baladas de amor que nadie escucha. Uno bosteza, deteniéndose a mirar cómo la luz se cuele por entre las rendijas de una antigua librería cerrada, como si los libros soñaran con ser leídos bajo el primer rayo de sol.

En las terrazas del Café de la Nouvelle Athènes, las sillas aún tibias de cuerpos ausentes huelen a absenta, a humo, a palabras que no llegaron a pronunciarse.

Un gato gris salta sobre una mesa y lame las gotas que aún quedan de un vaso caído.

París es un escenario que se ordena solo:

la escoba del barrendero, el carro del lechero, el pregón del pan, los pasos del cartero que ya baja la Rue des Abbesses...

Y entre las rendijas de esa ciudad que amanece, se filtra la certeza de que hoy ocurrirá algo extraordinario.

Aunque aún nadie —excepto, quizás, un burro— lo sospecha.

El sol lame golosamente los tejados, como si probara por primera vez la piel tibia del día.

En cada esquina, su lengua dorada enciende reflejos, transforma los charcos en espejos vibrantes y hace brotar, en los huecos de sombra, pequeñas reverberaciones de color —como si la pintura hubiera decidido escaparse de los lienzos para mirar el mundo por su cuenta.

El tráfico nace tímido: un carro de caballos resuena sobre el empedrado, una rueda chirría al tomar la curva de la Rue Saint-Denis.

Un carruaje de reparto cruza lentamente, dejando un rastro de pan recién horneado, y los adoquines aún húmedos devuelven el eco de los cascos como si los recordaran de otra época.

Las palomas bajan en espiral desde las cúpulas, dispersándose con una solemnidad torpe.

En los jardines de Luxemburgo, un gorrión se adelanta al coro: su canto vibra como un secreto confiado al viento, lleno de expectación.

La luz avanza con parsimonia, deslizándose por las cornisas, trepando los balcones, colándose por las persianas entreabiertas y besando los lomos dormidos de los libros infantiles, prestos a despertar como semillas encantadas, dispuestos a invadir las mentes soñolientas de los niños aún envueltos en sábanas de asombro, mientras las librerías cerradas susurran una promesa de mundos por descubrir.

Las vitrinas aún empañadas reflejan ese brillo nuevo como si fuera un visitante antiguo recién bañado, y los escaparates de los cafés susurran promesas de croissants calientes, leche tibia y vino dulce.

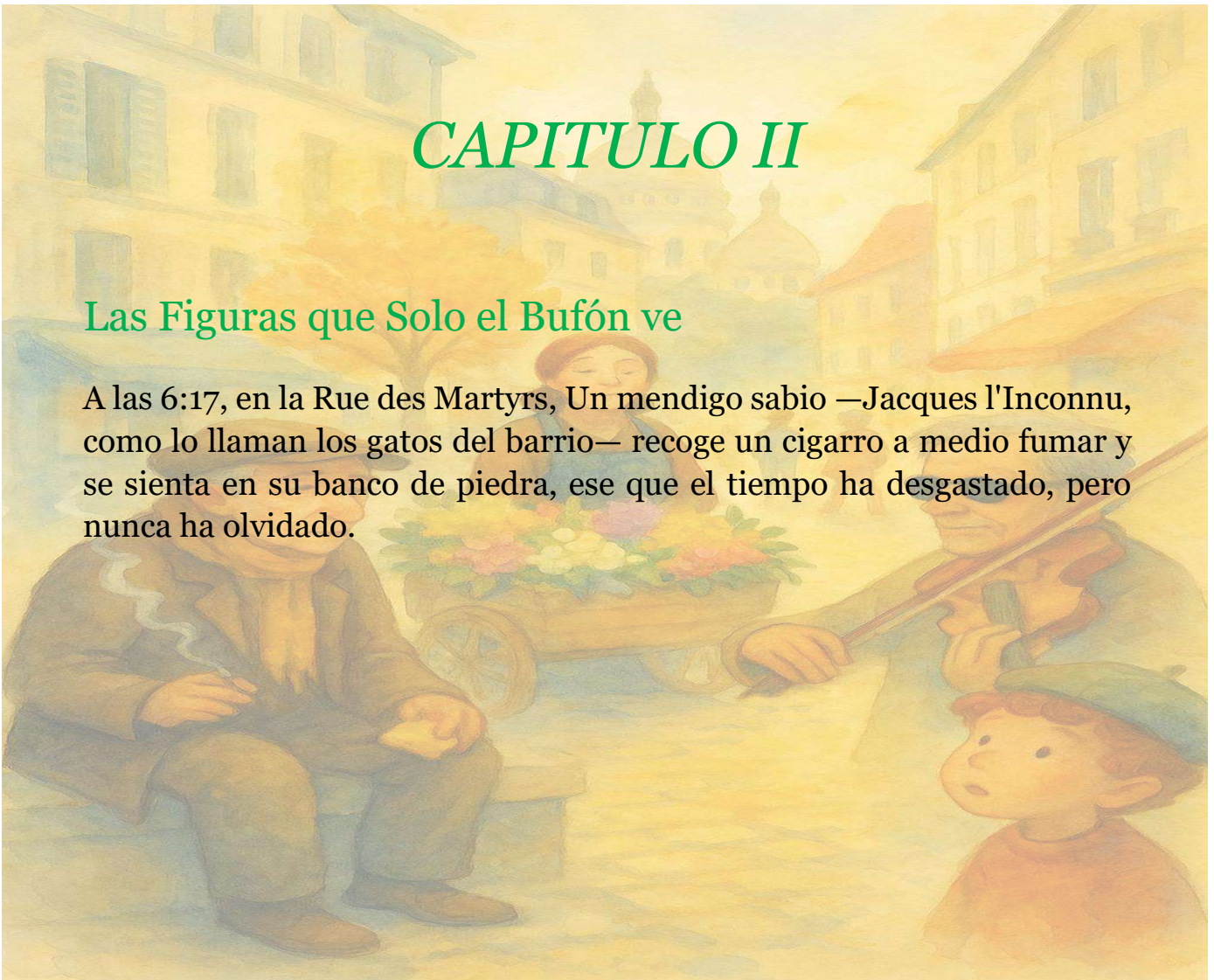
Algunas hojas de arce, castaño y tilo, rezagadas en las sombras, apenas reciben el primer sol. Tiemblan suavemente, estremecidas por una brisa fresca que trae consigo el murmullo encantado de un día aún por inventar —un día que promete travesuras invisibles, risas escondidas entre los setos y la nostalgia dulce de algo maravilloso a punto de suceder.

Y en el corazón de esa promesa, una historia insólita está a punto de comenzar.

CAPITULO II

Las Figuras que Solo el Bufón ve

A las 6:17, en la Rue des Martyrs, Un mendigo sabio —Jacques l'Inconnu, como lo llaman los gatos del barrio— recoge un cigarro a medio fumar y se sienta en su banco de piedra, ese que el tiempo ha desgastado, pero nunca ha olvidado.



Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon

LOLO, EL BURRO PINTOR

Una Obra Maestra con Cola



Este libro también es para ti...

que sabes escuchar historias

sin palabras,

entender dibujos que no explican nada

y reírte con los ojos cerrados.

Es para ti,

que no necesitas permiso para imaginar,

ni manual para soñar,

ni título para ser artista

Aquí adentro vive un burro

que pinta con la cola,

un bufón que guarda secretos en los

bolsillos

y una ciudad que se despierta

cada día, solo para equivocarse con gracia.

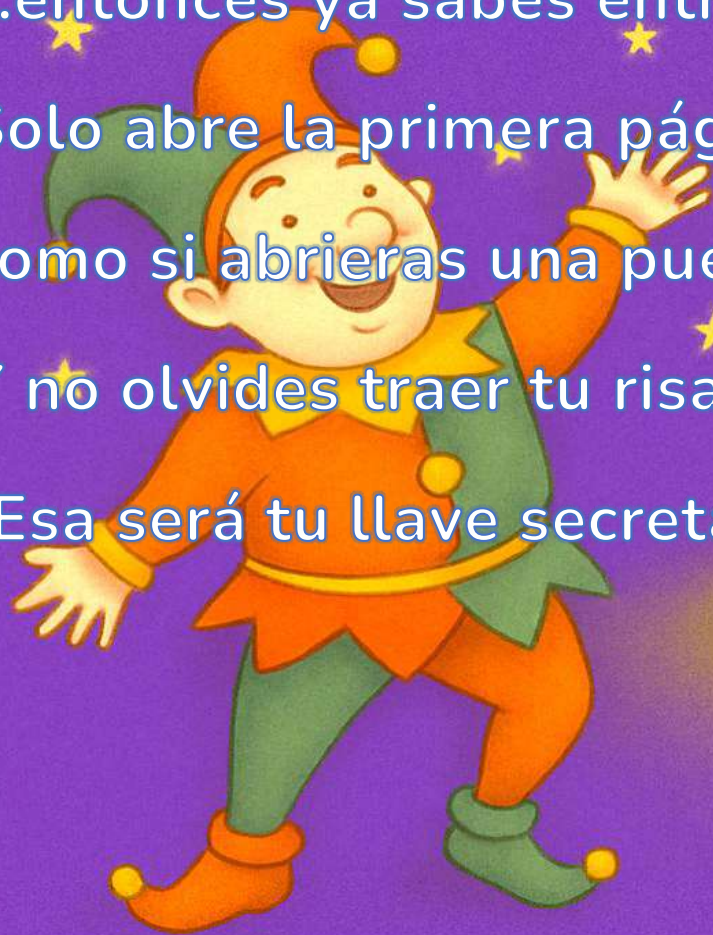


Si alguna vez escuchaste
una carcajada dentro de una nube...
si alguna vez viste
una mancha que parecía una mariposa...
si alguna vez pensaste
que los charcos reflejan mundos invisibles...
...entonces ya sabes entrar.

Solo abre la primera página
como si abrieras una puerta mágica.

Y no olvides traer tu risa.

(Esa será tu llave secreta.)



¡ATENCIÓN, NIÑAS, NIÑOS Y OTRAS CRIATURAS CON IMAGINACIÓN!

(UNA CARTA URGENTE DE
THEOPHILOS, EL BUFÓN
OFICIAL DE LOLO)



**¡Hola, tú! Si, tú, que estás a punto de
abrir este libro con tus ojos brillantes y
tu alma lista para volar.**



Antes de que
empieces a leer,
necesito contarte
algo MUY
importante.


Este libro no es
un libro
cualquiera.



Aquí adentro vive
un burro que pinta
con la cola

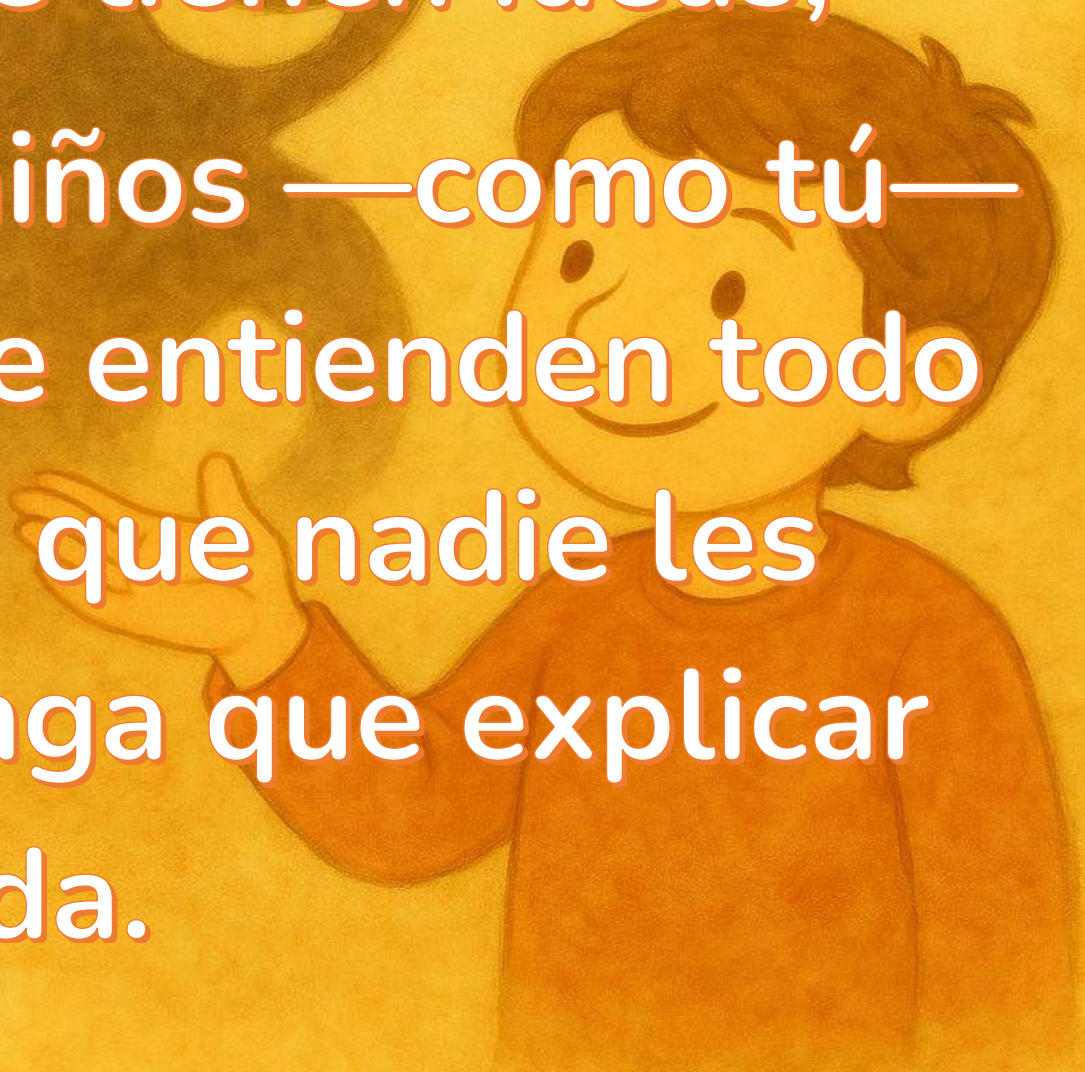


un bufón (ese soy
yo) que se ríe hasta
en los museos



y una ciudad
llamada París,
que sueña
despierta todos

También hay
sombras que hacen
muecas, manchas
que tienen ideas,
y niños —como tú—
que entienden todo
sin que nadie les
tenga que explicar
nada.



Este libro tiene

cosas

peligrosamente

divertidas:

Imaginación que se

escapa por las

orejas (y hace

cosquillas en los

codos).





Preguntas

que no (Como: “¿Cuántos colores caben en una carcajada tienen gigante?”)

respuesta...

pero hacen

reír igual!

Cuanta belleza suelta se debe usar para pintar balcones, charcos y hasta pestañas dormidas.

Cuantas risas se deben dar, para que duren más que una siesta de domingo

¡Cuidado! Este libro puede
causar que:

Tu hermana(o) quiera ser artista

Tu hermano(a)
se vuelva bufón

¡Y tus papás se pongan a jugar
como si fueran niños otra vez!



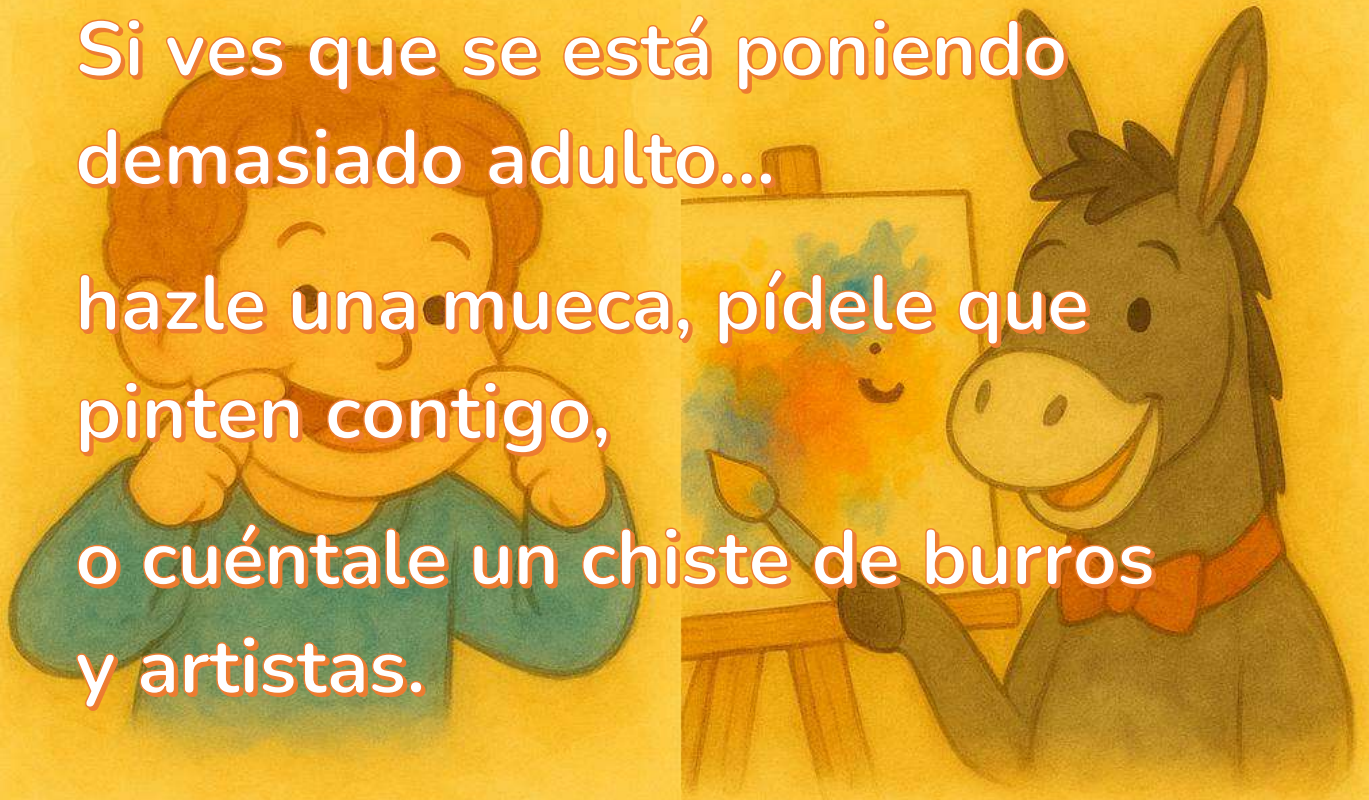
¡Y ahora lo más claro que te voy a decir (¡con mi nariz de payaso!):


Si un papa lee este libro muy serio, sin reírse ni una pizca... pueden ser expulsado del corazón de sus hijos.

¡Así que ayúdalo!

Si ves que se está poniendo demasiado adulto...

hazle una mueca, pídele que pinten contigo, o cuéntale un chiste de burros y artistas.



A warm, golden-yellow illustration of a woman with long brown hair hugging a young child with curly brown hair. The woman is smiling gently, and the child is laughing joyfully. The background is a soft, textured yellow.

¡Y si de pronto,
una risa se le escapa,
o una lagrimita de alegría
le brilla en el ojo...

¡Felicidades!

Has activado la
contraseña secreta
para entrar al mundo de Lolo.

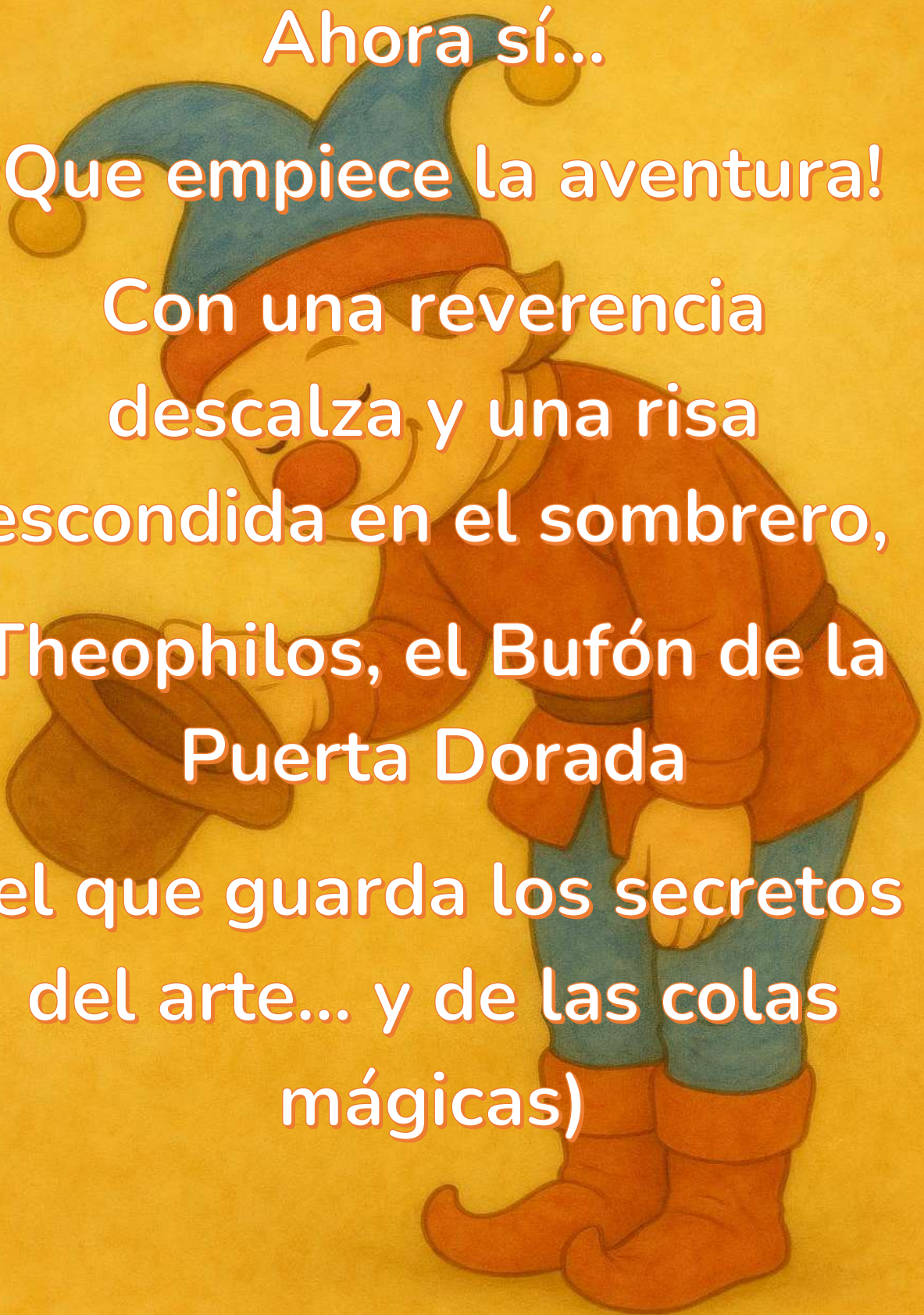
Ahora sí...

¡Que empiece la aventura!

Con una reverencia
descalza y una risa
escondida en el sombrero,

Theophilos, el Bufón de la
Puerta Dorada

(el que guarda los secretos
del arte... y de las colas
mágicas)



LOLO, EL BURRO PINTOR: UNA OBRA MAESTRA CON COLA

Capítulo 1




CUANDO PARÍS SE PUSO A PINTAR CON LA LUZ

París, una mañana
de hace muchos,
muchos amaneceres
y sueños...



El sol se desperezó como
un gato amarillo y se
estiró hasta tocar los
tejados con sus patitas de
luz.





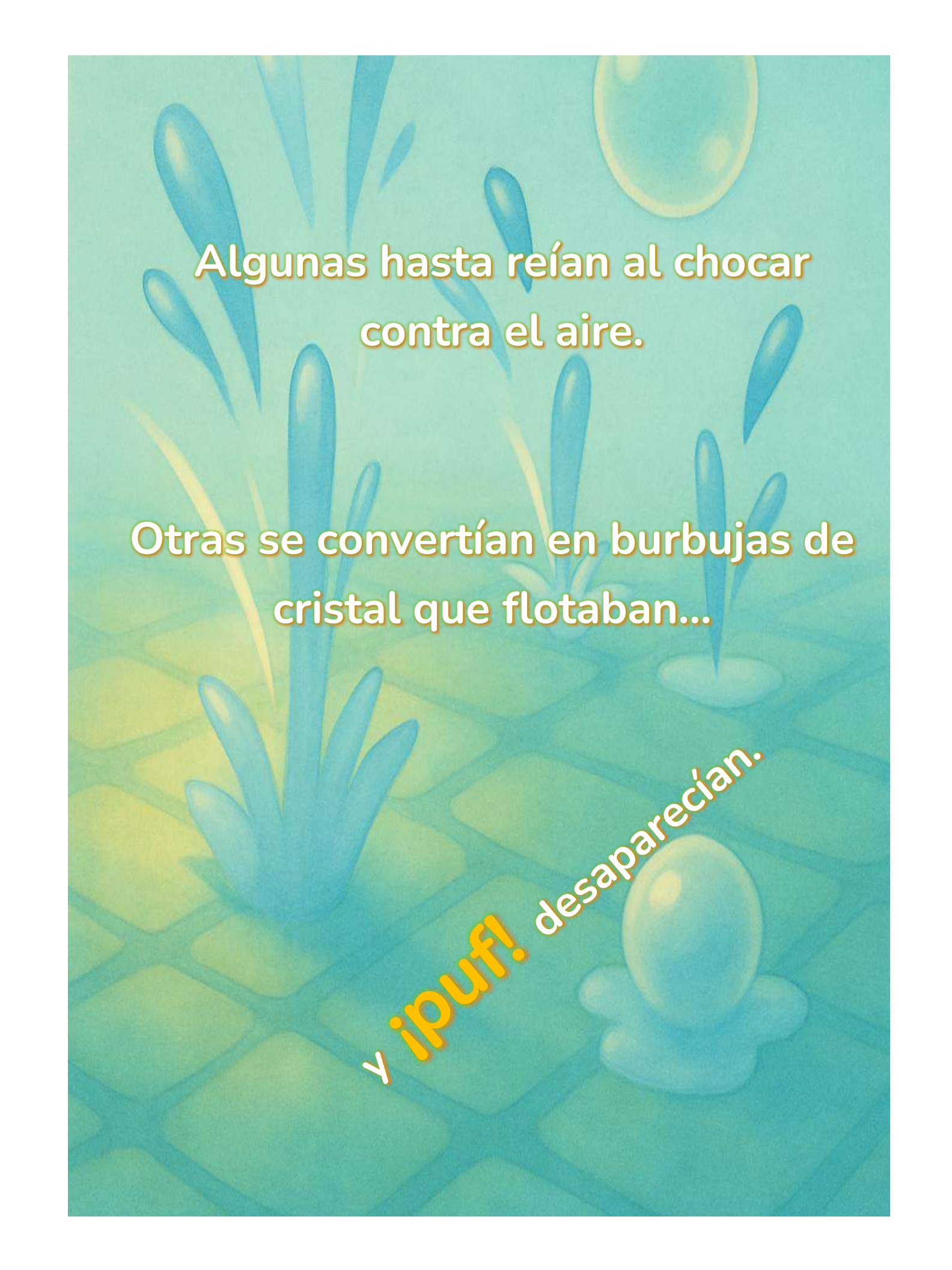
Las gotas de lluvia de la noche —
esas que jugaban a esconderse en
los adoquines—

empezaron a saltar como si
fueran chispas.

¡Zas!

¡Zis!

¡Zas!

An illustration of a pond with several lily pads and a frog. The frog is sitting on a lily pad in the lower right corner, looking towards the viewer. The water is a light blue-green color, and the sky is a pale yellow. The text is overlaid on the scene.

Algunas hasta reían al chocar
contra el aire.

Otras se convertían en burbujas de
cristal que flotaban...

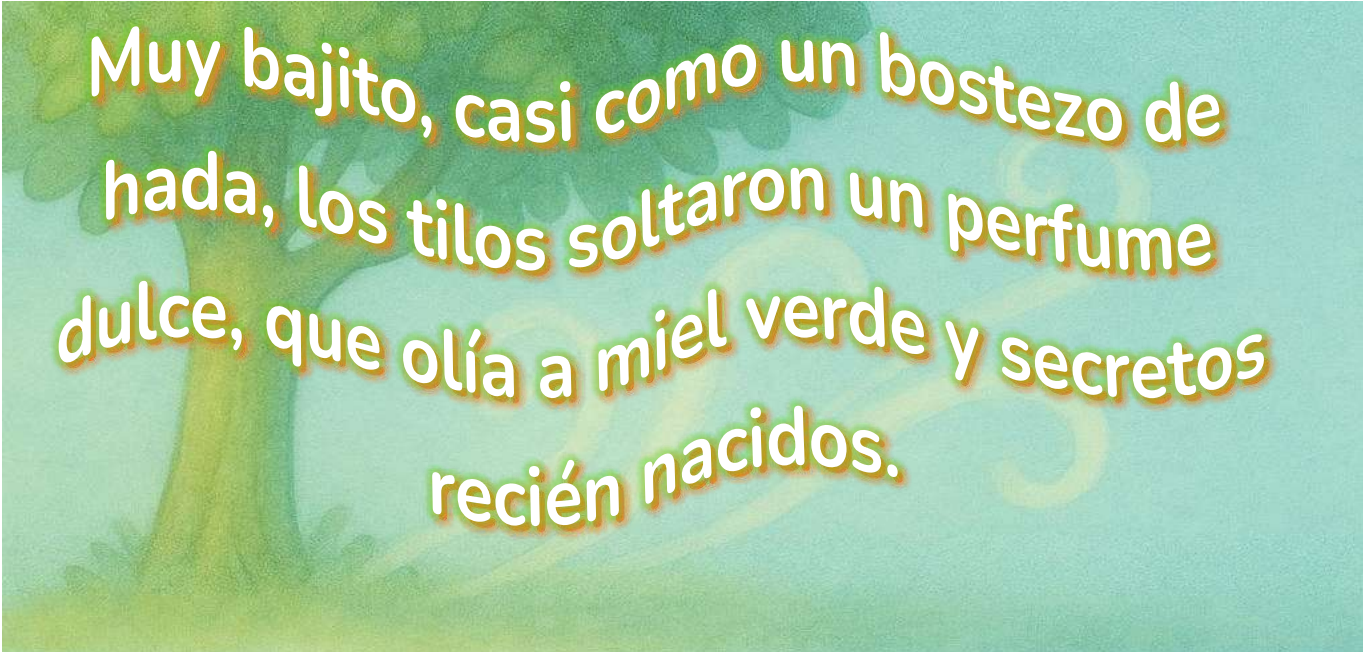
¡**ipuf!** desaparecían.

A colorful illustration of a forest scene. In the foreground, a large tree with a thick brown trunk and a full canopy of green leaves stands prominently. To its left, a smaller tree with a similar canopy is visible. In the background, more trees and a light blue sky are depicted. In the lower-left corner, a green silhouette of a cat is sitting on the grass. In the lower-right corner, a green silhouette of a person is standing, holding their hand to their mouth as if whispering. The overall scene is bright and cheerful, with a soft, hazy atmosphere.

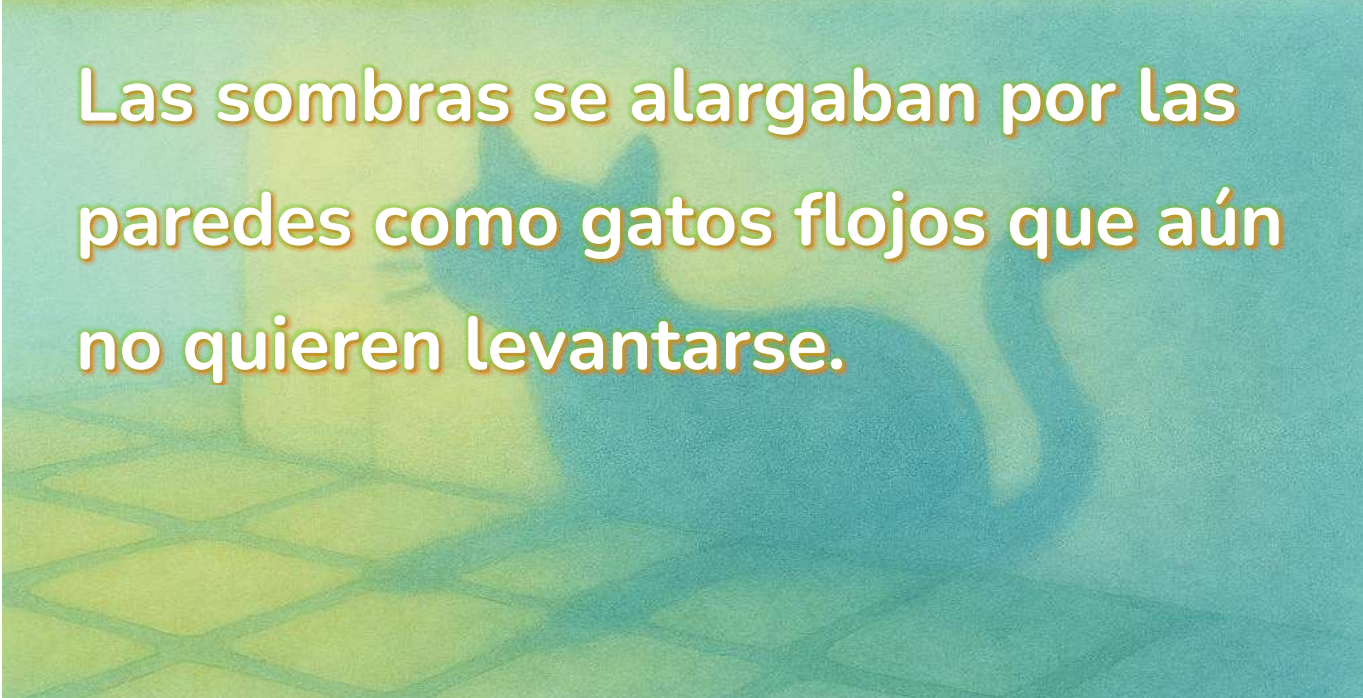
Las hojas de los árboles
cuchicheaban.

—¡**Shhh!** ¡Que ya viene el día!

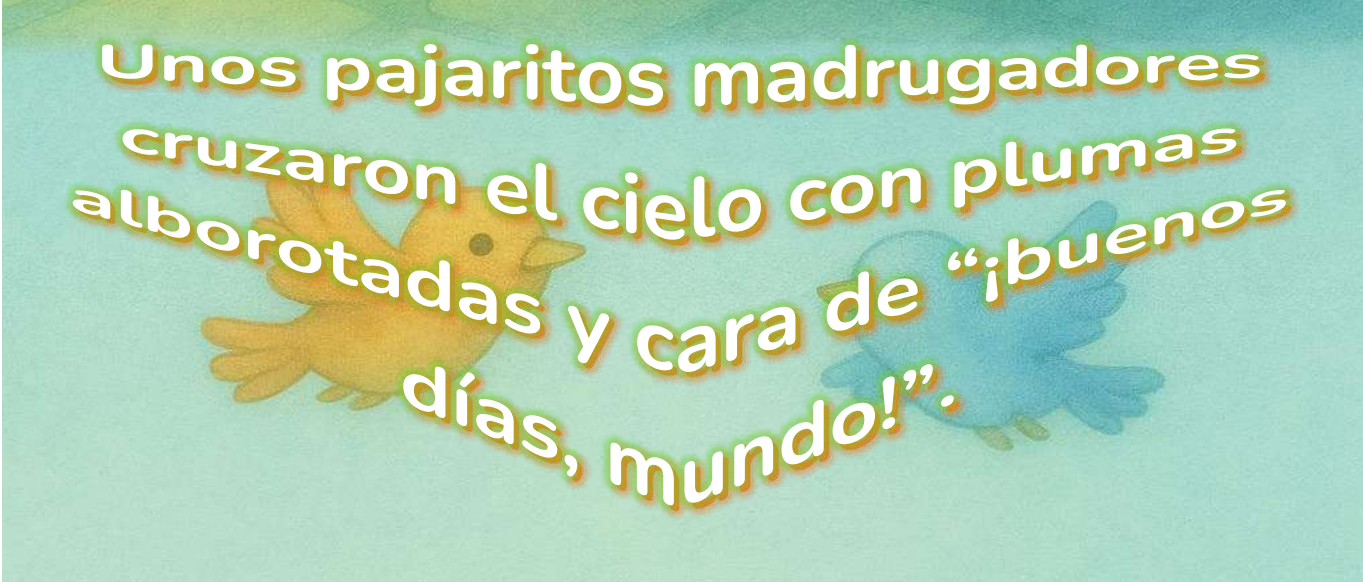
Y el viento, muy curioso, les
hacía **cosquillas** para
enterarse de qué hablaban.




Muy bajito, casi como un bostezo de hada, los tilos soltaron un perfume dulce, que olía a miel verde y secretos recién nacidos.



Las sombras se alargaban por las paredes como gatos flojos que aún no quieren levantarse.



Unos pajaritos madrugadores cruzaron el cielo con plumas alborotadas y cara de "¡buenos días, mundo!".



Más allá, en el río Sena, una niebla
blanca como algodón tapaba el
agua.

—¿Estás soñando todavía, París?


—le preguntó una farola con voz
temblorosa.

Y es que París finge dormir, para
luego poder despertar de
sorpresa.

Las casas bostezaban con sus
ventanas entreabiertas.

CAFÉ

Los cafés aún olían a pan
caliente y cuentos no
contados.



Un gato con bigotes serios
caminaba por una mesa vacía,
saboreando la última gota de
leche de un vaso caído.

An illustration of three men singing on a street. The man in the foreground is balding, wearing a blue suit and tie, with his mouth wide open as if singing. Behind him, another man in a blue suit and a black beret is also singing. To the right, a third man in a blue suit and a yellow bow tie is pointing upwards while singing. They are standing on a cobblestone street in front of a closed bookstore with a sign that says 'LIBRAIRIE'. The scene is lit with a warm, golden light, suggesting the sun is low in the sky.

Por las calles de Montmartre, unos
señores con cara de trasnocho
cantaban canciones chistosas sin
saber la letra.

Uno de ellos se detuvo frente a
una librería cerrada y miró cómo el
sol se metía por la rendija.

—¡Ay, si yo fuera **libro!**—
murmuró, como si los libros
pudieran oír.

Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon